

1. ¡Camarada Burma!

Me estaban haciendo la revisión del coche en el taller, de modo que tomé el metro.

Hubiese podido parar un taxi, pero todavía faltaba un mes y medio para el aguinaldo. Caía un sucio sirimiri y en cuanto empieza a llover los taxis escasean. Deben encoger con la humedad. No se me ocurre otra explicación. Y cuando deja de llover, no van en la dirección que al cliente le gustaría. Para este último fenómeno carezco de explicaciones pero, en cambio, los taxistas las tienen excelentes.

De modo que tomé el metro.

No sabía exactamente quién ni qué me requería en el Hospital de La Salpêtrière. Me dirigía al siniestro establecimiento por convocatoria, por así decirlo.

Con el correo del mediodía había recibido en mi oficina de la calle de Petits-Champs una carta lo bastante misteriosa como para interesarme.

Esta carta que había leído y releído, volví a leerla también en el vagón de la línea Église de Pantin-Place d'Italie que me llevaba al hospital.

Decía así:

«Querido camarada:

Me dirijo a ti, aunque te hayas metido a policía, pero un policía un poco especial y como, además, te conocí de niño...»

Firmaba la carta un tal Abel Benoit. ¿Abel Benoit? No recordaba haber conocido a nadie en mi vida, de niño o después, que se llamara así. Sin embargo, me rondaba por la cabeza un rescoldo de idea —una idea muy vaga— sobre los círculos de los que podía proceder el papelucho; pero a un Abel Benoit, lo que se dice a un individuo llamado Abel Benoit, mí no conocer.

El susodicho papel seguía así:

«... Hay un cabrón que está preparando una cabronada. Ven a verme al Hospital Salpêtre, sala 10, cama...»

Ahí se liaba un poco. Igual se podía leer 15 que 4, a elegir.

«... Te diré cómo salvar el pellejo de los compañeros. Fraternalmente, Abel Benoit.»

Sin fecha, excepto la del matasellos de la sucursal de correos del bulevar Masséna en el sello de quince céntimos. Aparte de la firma, de trazos bastante firmes como todas las firmas, la letra de la carta era bastante temblorosa. Lo que se explicaba sin dificultad. Cuando uno yace en una cama de caridad es porque la salud deja bastante que desear, y si a uno le tiembla el pulso, la caligrafía se resiente. Además, las rodillas no suplen una buena mesa de despacho con su carpeta de cuero y su secante. Las señas del

sobre eran de otra mano. El papel cuadriculado de la carta era de lo más barato. Y todo ello parecía haber permanecido durante un lapso de tiempo más o menos prolongado en un bolsillo, o en un bolso, antes de que lo echaran al buzón. Desprendía, para un olfato atento, ligeros efluvios de perfume barato. Probablemente, el tipo le había encomendado la misiva a una enfermera poco cuidadosa cuando no estaba de servicio. De los términos de la nota también podía deducirse que a mi corresponsal no le gustaba la bofia y que un peligro amenazaba a unos amigos comunes (¿?), por obra y gracia de algún malintencionado.

Doblé la carta y la guardé con mis otros papeles portátiles, preguntándome por qué me estaba dedicando a ese juego estéril de deducciones sin sentido. Era perder el tiempo inútilmente, ya que al poco rato estaría ante el misterioso enfermo conocido. A menos que...

Hasta entonces no se me había ocurrido la idea de que podían estar gastándome una broma y, de pronto, me vino a la mente. ¡Abel! ¿No te dice nada, Nestor? Busca mejor; es tu trabajo. ¡Abel! ¿Y si por casualidad el cabrón que andaba preparando cabronadas se llamara Caín? ¿Qué me dices? ¿A que sería una buena? Una magna inocentada a mediados de noviembre, como un anticipo de las fiestas de fin de año, gentileza de un bromista refinado. Vaya, vaya...

De todos modos, no tardaría en salir de dudas. De modo que, mientras tanto, mejor mirar en derredor no fuera a haber un par de gambas enfundadas en medias de nailon dignas de retener la atención de un buen cristiano. Así me distraería. Hasta los inocentes tienen derecho a distraerse. Generalmente, el metro en primera clase, desde ese punto de vista —me refiero a piernas femeninas bien torneadas, enfundadas en prenda fina y, miel sobre hojuelas, cruzadas bastante arriba—, no deja nada que desear. Bueno... depende

de los días. Sería — ¡mal presagio! — que aquella tarde yo no tenía el día. Había, en efecto, una rubia vaporosa sentada en el último asiento del vagón, pero me daba la espalda. En cuanto a los demás viajeros, todos ellos dignos representantes del sexo fuerte, ignoro cómo tenían las piernas — ni ganas de saberlo —, pero en conjunto tenían bastante mala pinta.

Especialmente los dos engominados sentados delante de mí: dos jovencitos con los cuellos de las camisas almidonados como platos, modelo aprendiz endomingado. Parte de aquel vagón de primera había sido desclasado a segunda mediante una mampara de cristal y aquel par no le quitaba ojo, con sus cabezas de mediocres ciudadanos muy cerca la una de la otra, dándose codazos de vez en cuando como dos perfectos patanes, y soltando risitas tontas y por lo bajinis o haciendo muecas grotescas a falta de ocupaciones más interesantes. Quizá también ellos fueran de camino a La Salpêtrière, en cuyo caso sería para que les aplicasen algún tratamiento. Lástima que el profesor Charcot* muriese en 1893. Hubiesen podido ser tema de estudio interesante para él.

Irritado por los visajes de aquellos botarates, me levanté. Tenía otras tres excelentes razones para dejar mi asiento. Sentía bastante curiosidad por ver qué tipo de espectáculo les parecía tan excitante; además, estábamos llegando a mi estación y, por último, experimentaba esa extraña impresión de que alguien me estaba observando: notaba una mirada clavada en el codo o en la espalda, y pensé que me libraría de ella levantándome. Dicho y hecho. Mientras me dirigía hacia las puertas, eché una mirada de reojo al sector más democrático del vagón.

* Doctor Jean Martin Charcot (París, 1825-1893). Fundador de la neurología moderna, trabajó en el Hospital de La Salpêtrière desde 1862 donde fundó, en 1882, la que sería la mayor clínica neurológica de Europa. Freud fue alumno de Charcot en 1885. (N. de la T.)

La muchacha que había puesto en trance a mis dos botarates estaba de pie cerca de la mampara de separación, casi pegada a ésta.

Parecía estar a miles de kilómetros de allí, quizá en algún prado recogiendo azulinas, pero cuando nuestras miradas se cruzaron la suya se prendió de la mía con un imperceptible pestañeo.

Contaría, a lo sumo y en total, veinte años. De altura media, bien proporcionada. La trenca desabrochada, un tanto dudosa — como todas las trenzas —, dejaba al descubierto una falda de fieltro roja y un jersey negro bajo el cual dos senos menudos, pero firmes, se erguían autoritarios. Le ceñía el talle un cinturón de cuero natural claveteado. La melena suelta, negra con reflejos azulados, enmarcaba el óvalo puro de un bonito rostro de cutis ligeramente cobrizo, en el cual se abrían dos ojazos oscuros y unos labios sensuales, realzados con un lápiz de labios de color claro. Colgaban de sus lóbulos unos aros de metal dorado que oscilaban al ritmo del traqueteo del tren. Tenía aspecto de gitana y el porte majestuoso de las mujeres de su raza. Todas ellas, o casi, son de sangre real.

Un universo lleno de extrañas tradiciones, misterios y poesía la separaba de mis dos bobalicones y sus muecas. Pero, naturalmente, llamaba la atención y hasta para aquellos dos tontainas se hacía difícil no mirarla. Se hacía notar y recordé haberla visto antes, en el andén de correspondencia de la estación République, cuando cambié de línea. Me pregunté si significaba algo. A lo mejor tengo cara de que me digan la buena ventura.

El traqueteante metro se saltó la estación Arsenal, que estaba cerrada al público desde la guerra; arsenal y guerra debían ir parejos, pero como en el caso de la mirada que sentía clavada en mi persona, sin duda no era más que una coin-

cidencia. El tren surgió de las profundidades subterráneas poco antes de llegar al Quai de la Rapée y franqueó la pasarela colgante paralela al puente Morand tendida por encima de la última esclusa del canal Saint Martin. Paró delante de unos muros grises y húmedos, escupió unos cuantos pasajeros, engulló a otros pocos y arrancó con chasquidos de puertas tras un breve pitido. Unos metros más bajo tierra para pasar bajo el puente de Austerlitz y el tren, de nuevo por la superficie, tomó la curva, rodeó los edificios de ladrillo del instituto forense —siniestros sólo por la idea que de ellos nos hacemos, pero de aspecto tan pimpante y jovial como el propio doctor Paul, sumo sacerdote del lugar—, y emprendió con un rugido el viaducto metálico que cruza el Sena.

Con la pipa en una mano y la petaca en la otra, contemplaba el paisaje exterior que desfilaba ante mi vista, pero seguía sintiendo fija en mí la mirada de la joven gitana.

El río traía aguas plomizas. Una niebla todavía tímida, pero que seguramente no tardaría demasiado en afirmarse, empezaba a subir del agua. Un carguero con bandera británica estaba amarrado en el puerto de Austerlitz y varios fornidos marineros faenaban en la cubierta bajo la fastidiosa llovizna que seguía cayendo del cielo encapotado. Un poco más allá, hacia el puente de Bercy, una grúa esquelética giraba sobre su eje, como una maniquí estrella presentando un nuevo modelo.

Estaba terminando de llenar la pipa cuando la X de vigas gigantescas que forma una barrera mediana en la estación de Austerlitz apareció en mi campo visual, sobre el borroso decorado de la perspectiva de vías de la línea de Orléans, y el metro se inmovilizó con un sordo chirriar de frenos.

Me apeé.

Dos corrientes de un aire hostil impregnado de hume-

dad, una procedente del Sena y la otra de los andenes del ferrocarril que hay bajo la estación del metro, formaban remolinos de papeles abandonados.

Tanto peor para los dos pánfilos que tan duchos parecían en hacerse los interesantes con las mujeres y que, finalmente, no iban a La Salpêtrière: que se buscaran otros motivos de diversión. La gitana también se había apeado de su vagón.

Si no me estaba siguiendo, lo fingía a la perfección. De hecho, me precedía, pero a veces se sigue así a la gente. Sin embargo, no me parecía que se tratase de una colega detective de raza calé.

La vi cortar las oleadas de viajeros y dirigirse al plano de la red con un paso ágil y airoso de bailarina, indiferente a la curiosidad generalizada que suscitaba.

La falda de fieltro, que se movía al suave y armonioso balanceo de sus caderas, sobresalía de la trenca algo corta y rozaba las confortables botas de cuero marrón, elegantes a pesar de los tacones bajos, que calzaban sus pies menudos.

Se plantó delante del plano y simuló examinarlo, pero no parecía natural.

El metro arrancó de nuevo. Llegó otro por la vía paralela, paró y arrancó a su vez comunicando vibraciones a las suelas de mis zapatos. En la cabina del jefe de estación se oyó la campanilla del teléfono. Encendí la pipa.

Nos habíamos quedado solos en el andén. Los viajeros que se habían apeado del metro que nos trajo hasta allí, la mayoría personas que iban a visitar algún enfermo a La Salpêtrière, no se habían entretenido en la estación y el funcionario encargado de dibujar con una regadera unos primorosos ochos, parte en el suelo y parte encima de los zapatos del honorable, todavía no había empezado su turno de servicio, quizá precisamente porque el andén estaba desierto.

Me acerqué a la hermosa muchacha.

No debía de haberme perdido de vista, ya que apenas nos separaban dos pasos cuando se dio la vuelta y me miró de frente. No me dejó abrir la boca. Atacó la primera:

—Usted es... Nestor Burma, ¿verdad?

—Sí, ¿y usted?

—No vaya —me dijo por toda respuesta—. No vaya. Es inútil.

Su voluptuosa voz, algo ronca, tenía un deje cansado y melancólico. Una tristeza infinita, un amago de miedo quizá, se adivinaba en sus pupilas marrón oscuro con chispas de oro.

—¿Que no vaya dónde? Pregunté.

—Donde está yendo...

Bajó la voz:

—A ver a Abel Benoit. Es inútil.

El viento jugueteó con un mechón rebelde que le tapó un ojo. Con un gesto rápido de la cabeza echó hacia atrás su espesa melena negra. Los dobles aros de metal que le adornaban las orejas entrechocaron y el mismo olor a perfume barato que impregnaba la carta que había recibido a mediodía inundó el aire.

—¿Inútil? —dije—. ¿Y por qué?

Tragó saliva con esfuerzo. Se le tensaron los músculos del cuello. Hinchó el pecho, con lo que quedó aún más tirante la lana del jersey. Murmurando, pronunció dos palabras casi inaudibles, dos palabras que he oído con frecuencia en mi trabajo, dos palabras que forman el telón de fondo habitual de mis aventuras, dos palabras que adiviné más que escuché cuando las formaron sus labios, y que le hice repetir, no sé por qué.

—Ha muerto —dijo.

Me quedé silencioso un momento.